

RELACION

DE LA FIESTA CELEBRADA EN ROMA EL DIA 8 DE
 DICIEMBRE DE 1854 EN HONOR DE LA INMACULADA
 CONCEPCION DE MARÍA SANTISIMA, TRADUCIDA DEL
 FRANCÉS POR UN SACERDOTE AFECTO Á AQUEL MINIS-
 TERIO Y ANTIGUO CAPELLAN DE UN SEMINARIO DE-
 DICADO AL MISMO.

NOTICIAS DE ROMA.

El 21 de junio del año 431, toda la ciudad de
 Éfeso ofrecia el espectáculo de la mas activa an-
 siedad: mas de doscientos obispos presididos por
 el grande san Cirilo de Alejandría, legado del so-
 berano Pontífice romano, se hallaban reunidos en
 la iglesia de Santa María, y el objeto de esta so-
 lemne asamblea era examinar y condenar los er-

rores enseñados por Nestorio, en particular, su
 creencia relativa á la maternidad de la santísima
 Virgen, á la cual rehusaba el título de verdadera
 Madre de Dios; título tan extraordinariamente ca-
 ro al pueblo cristiano, que su corazon se sintió
 profundamente herido por aquel error. Por esto
 los habitantes de la ciudad de Éfeso, agolpados
 en derredor de la asamblea episcopal, esperaban
 con impaciencia el resultado de sus deliberaciones.
 La sesion duró desde la mañana hasta la puesta
 del sol, pero nada fué capaz de cansar la inquie-
 tud piadosa de los fieles. Los unos, en el santua-
 rio de la familia, pedian con fervor que se conde-
 nase al heresiarca Nestorio y se conservase á Ma-
 ría la posesion del título de Madre de Dios; los otros,
 rodeando la iglesia donde los obispos estaban reu-
 nidos, esperaban su salida para conocer mas pron-
 to su fallo.

Se acabó por fin la sesion, y cuando se supo que
 el concilio habia decidido que María debia ser lla-
 mada Madre de Dios, y que habia pronunciado
 anatema contra todo el que se atreviese á pensar
 lo contrario, todo el pueblo hizo resonar una in-
 mensa aclamacion de alegría y presentó el espec-
 táculo de la mas completa emocion, haciendo in-
 mediatamente lugar la tristeza al regocijo mas pu-
 ro y mas vivo. Toda la ciudad se iluminó y ata-

vió espontáneamente con sus adornos de fiesta; encendiéronse hogueras en las plazas públicas, y los obispos fueron acompañados á sus domicilios por una multitud loca de contento, llevando muchas encendidas en las manos y sembrando los pasos de los padres del concilio de perfumes y de flores. He ahí el prodigio que produjeron en el siglo V en una gran ciudad la fe del pueblo cristiano y su amor á María.

Roma acaba de presenciarse un espectáculo que en nada cede al que acabamos de recordar. El siglo XIX ha producido una fiesta que no honra menos que aquella la fe y piedad de sus hijos hacia la Reina de los cielos. El número de obispos congregados en Roma el 8 de diciembre de 1854 fué el mismo que en Éfeso: el objeto de su reunion fué tambien la proclamacion de uno de los mas gloriosos privilegios de María, de aquel que es el fundamento de todos los demás, de aquel sin el cual no le hubiese sin duda sido conferido por el Altísimo el título mismo de Madre de Dios. ¿Cómo hubiese Dios escogido por madre una criatura que hubiese podido por un solo instante ser esclava de Satanás é hija del pecado? El título, cuya posesion ha sido asegurada á la Reina de las vírgenes, no menos amado por el pueblo cristiano que el de Madre de Dios, era desde la cuna de la

Iglesia, el objeto de la creencia universal, y todos los siglos venian suspirando por el oráculo que proclamase su irrefragable verdad. Del mismo modo que en Éfeso el pueblo cristiano de hoy estaba entregado á la expectacion y ansiedad, pidiendo á Dios que fuesen escuchados sus votos, y María fuese proclamada sin mancha, sin tacha, inmaculada en su concepcion. Pero mas dichoso que el papa san Celestino, Pio IX pudo presidir por sí mismo la asamblea de sus hermanos los cardenales, los patriarcas, los arzobispos y obispos de toda la tierra, y no tuvo que excomulgar á uno de sus hermanos en el episcopado, porque el orgulloso Nestorio no tuvo émulo en la augusta asamblea de Roma. La gloria de María no tuvo de quien defenderse, y en esta brillante victoria obtenida por la Reina de los cielos no ha habido otro enemigo vencido sino la impiedad: el infierno únicamente se ha estremecido, pero la Iglesia toda ha aplaudido, y el dogma proclamado el 8 de diciembre en la basílica del príncipe de los apóstoles por el Vicario de Jesucristo, lo habian de ante mano proclamado las voces de todos los obispos, los ruegos y las ardientes súplicas de todos los fieles hijos de la iglesia universal.

Describamos pues, en cuanto sea posible, una fiesta que tantos santos han deseado, que tantos

siglos han pedido con sus votos, que tantos pontífices han ansiado dar á la Iglesia, y que el Señor, por su infinita misericordia, ha querido reservar á nuestros malhadados tiempos como su esperanza y remedio.

La fiesta de Roma es la fiesta del mundo entero. El agosto jefe de la Iglesia la preside; 200 obispos venidos á ella de todos los ángulos de la tierra, hasta de las lejanas regiones de la China, de los desiertos de América, de las islas mas retiradas del Océano, forman la corte del Vicario de Jesucristo y le rodean como una brillante corona: 200 ó 300 prelados de todas las órdenes, de todos los títulos, de todos los hábitos le sirven de cortejo de honor. ¡Cuán hermoso es ver bajar por la gran escalera de Constantino esta magnífica, esta incomparable procesion! ¡Qué variedad! ¡Qué riqueza de ornamentos sagrados! Seis cardenales-obispos, 37 cardenales-presbíteros, 11 cardenales-diáconos, un patriarca del Oriente, 42 arzobispos, 100 obispos, de todos los ritos, de todos los países del mundo, marchan en dos majestuosas filas, revestidos de capa pluvial y la mitra puesta. El Vicario de Jesucristo les sigue rodeado de todo el esplendor de los ornamentos pontificales!.... El canto de las letanías de todos los santos, comenzado en la capilla Sixtina, continúa á través de la

sala regia, de la escalera de Constantino, del peristilo y de la gran nave de la basilica. Una inmensa muchedumbre se agolpa y apresura para ver la marcha de los pastores de la Iglesia y recibir la bendicion de su supremo jefe que se adelanta recogido, orando, con la alegría en los labios y los ojos. La procesion se detiene delante de la capilla del Santísimo Sacramento, y después de haber adorado á Dios oculto en el tabernáculo, el papa concluye el canto de las letanías con las preces acostumbradas. En seguida el cortejo, resplandeciente de tiaras y de mitras preciosas, con la cruz y candeleros de oro, con los relicarios, flores y luces, se vuelve á poner en marcha hácia el altar de la Confesion, y al pasar por delante de la antigua estatua del primer papa, de aquel que recibió del mismo Jesucristo el gobierno de la santa Iglesia, de Pedro, el pescador de Galilea, hecho pontífice soberano, Vicario de Jesucristo, jefe de la Iglesia universal; este primer papa, sobre cuya cabeza descansa la triple corona, de cuyos hombros pende la capa de oro, y en cuyo dedo brilla el anillo del pescador, parece inclinarse para saludar á su 259º sucesor, al papa Pio IX, gloriosamente reinante, heredero de su autoridad y de sus virtudes. El colegio de los Santos Apóstoles se refleja y reconoce en los 200 obispos que siguen

cielos han pedido con sus votos que tantos pontífices

á su supremo pastor, y el clero y los fieles que llenan la inmensa basílica son la fiel imagen de la Iglesia primitiva, pues del mismo modo se reunieron los apóstoles en Jerusalem bajo de la presidencia de Pedro y el Espíritu Santo se hallaba en medio de ellos.

Una vez sentado en su trono el soberano Pontífice, vienen por turno á prestarle obediencia, á besarle el pié ó la mano en que brilla el anillo pastoral los cardenales, los arzobispos, los obispos y los prelados, en representacion de toda la Iglesia que viene á venerar á su augusto jefe, á aquel de quien dimana toda jurisdiccion y toda autoridad espiritual, á aquel que se sienta en la cátedra de san Pedro, y que apacienta á las ovejas y á los corderos. La China le ha enviado uno de sus vicarios apostólicos; la América á muchos de sus arzobispos y obispos; las islas perdidas en el fondo de la Oceanía tienen allí sus representantes. La Europa ha deputado á este congreso á la mayor parte de sus pastores. Roma cuenta en él 60 obispos, 30 de los cuales son príncipes de la Iglesia; los Estados pontificios, la Francia, el Austria, España, Portugal, las dos Sicilias, el Piamonte, Bélgica, Baviera, todas las potencias católicas se hallan en él, confundidas en el mismo amor y respeto. La Inglaterra luterana, la Pro-

sia evangélica, la Holanda calvinista tienen allí los jefes de su jóven jerarquía. Los imperios, los reinos, las repúblicas se dan en aquel congreso la mano; y cuando estos 200 obispos han ocupado sus asientos, y se ve detrás de ellos un número infinito de prelados inferiores, de generales de las órdenes, de presbíteros, de religiosos y de fieles con el soberano Pontífice á la cabeza; ¿no puede con razon asegurarse que la Iglesia universal se halla aquí presente?

El canto de tercia se ha concluido, la ceremonia de la obediencia queda terminada, y, si nos es permitido emplear este lenguaje, la asamblea ha tomado aquel aspecto que se admira en las pinturas y grabados antiguos en donde se representan las reuniones del concilio de Trento y de las otras grandes juntas de la santa Iglesia católica; pero con aquella majestad además, con aquel carácter mayor de grandiosidad que imprime la presencia del augusto y supremo pastor. El santo sacrificio va á principiar, y el gran sacerdote de la ley universal se adelanta hácia el altar para inmolar la víctima adorable. No nos proponemos describir la hermosura de las ceremonias, la armoniosa melodía de los cantos consagrados por los siglos, y todos aquellos ritos tan grandes y tan es-

cielos han pedido con sus votos que tantos pontífices

pléndidos que exaltan á una santa funcion celebrada por el pontífice supremo: este cuadro no conduciría muy léjos, y tenemos prisa de llegar al momento solemne, á la lectura del decreto, en cuyo honor se ha desplegado esta gran pompa, han venido de tan léjos los obispos, y que debe asegurarse á María el mas glorioso de sus privilegios, el mas puro de sus misterios.

El evangelio acaba de cantarse en las dos lenguas consagradas por la santa liturgia y en los dos ritos prescritos para la misa papal. Ha llegado el momento con tanta impaciencia esperado en la hora marcada desde la eternidad en los decretos de la misericordia del Altísimo; todos los ojos se vuelven hácia el trono del supremo pontífice. un solemne silencio se establece en la inmensa asamblea; todos los corazones se levantan hácia el cielo.... La iglesia universal disputa al trono del Vicario de Jesucristo á cinco de sus pastores para suplicarle, que satisfaga en fin la devocion del pueblo cristiano, y que defina como artículo de fe católica la creencia universal en la Concepcion Inmaculada de María. S. Ema. el cardenal decano del Sacro colegio acompañado del patriarca de Alejandría, del arzobispo griego, de un arzobispo y un obispo latinos, tiene la mision de elevar al trono pontifical la expresion del voto de la Iglesia

y de presentarle sus urgentes súplicas. Puestos todos al pié del trono, el cardenal Machi dirige al soberano pontífice en latin las siguientes palabras:

“Lo que de largo tiempo, oh beatísimo Padre, ardientemente desea y con llenos votos pide la iglesia católica, es, que sea definida por vuestro supremo é infalible juicio la Inmaculada Concepcion de la santísima Virgen María Madre de Dios, por cuyo medio se le acrecienten las alabanzas, la gloria y la veneracion; Nos, á nombre del sacro colegio de los cardenales, de los obispos del orbe católico y de todos los fieles, humildemente pedimos que en esta solemnidad de la Concepcion se cumplan los votos universales.

“Por lo que, en medio de la augusta accion del incruento sacrificio, en este templo consagrado al Príncipe de los apóstoles, y en una congregacion tan solemne del Sacro colegio, de los obispos y del pueblo, dignaos, oh beatísimo Padre, levantar vuestra apostólica voz y pronunciar el decreto dogmático de la Inmaculada Concepcion de María, por el cual habrá gozo en el cielo, y grande regocijo en la tierra.”

El Vicario de Jesucristo escucha atento una súplica tan grata á su corazon y tan conforme con los votos de su propia piedad; pero declara, que

para el acierto es preciso invocar una vez mas las luces del Espíritu Santo y consultar la divina voluntad. Póstrase de rodillas sin abandonar su trono, prostérnase á su ejemplo toda la Iglesia, entona el *Veni Creator*, y le acompañan en el canto de este himno sagrado el clero y la inmensa muchedumbre de los fieles. Una súplica ardiente unánime se escapa de todos los labios, se difunde por la vasta basílica, y se eleva toda poderosa hácia el trono de Dios. Concluido el himno, el Vicario de Jesucristo se levanta y canta la oracion en seguida, en presencia de toda la iglesia católica, representada por 50 cardenales, por un patriarca, por 42 arzobispos y por 100 obispos; por dos ó trescientos preladados inferiores, por muchos millares de sacerdotes y religiosos de todos los ritos, de todas las regiones, de todas las órdenes y de todas las clases y de todos los países; la mitra puesta y en la actitud de doctor supremo, encargado de interpretar las sentencias y tradiciones y de pronunciar los oráculos de la fe, después de invocar á la santísima Trinidad y á los apóstoles san Pedro y san Pablo; comienza la lectura del decreto con aquella voz grave, sonora, dulce y majestuosa que da á sus palabras un hechizo indefinible. En él el sumo Pontífice ha definido:

“Ser dogma de fe que la bienaventurada Virgen María en el primer instante de su concepcion, por privilegio singular y gracia de Dios, en virtud de los méritos de Jesucristo, salvador del género humano, fué preservada y exenta de toda mancha de la culpa original.”

En el momento en que su santidad llega á este paraje del decreto que se refiere á la inmaculada concepcion, su voz se entenece, las lágrimas asoman á sus ojos, y cuando pronuncia las palabras sacramentales *definimus, decretamus et confirmamus*, su emocion, sus sollozos le cortan la palabra, y se ve precisado á suspender la lectura y á enjugar el torrente de lágrimas que corre por sus mejillas, emocion de que participan todos los concurrentes. Sin embargo, se le ve hacer un esfuerzo supremo para dominar su agitacion, y emprende entonces de nuevo la lectura con aquella voz firme y llena de autoridad que cumple al juez de la fe. Su corazon sube á sus labios y su voz es tan animada y llena de movimiento, que ya no se distingue si lee ó si predica: se conoce que el padre de la cristiandad, el hijo apasionado á María, el pastor supremo de la Iglesia y el juez infalible de la fe hablan á la vez, ó por mejor decir, que el Espíritu divino es quien habla por su boca y quien mezcla con el oráculo de doctor de la verdad los

sentimientos de un corazón tiernamente afecto á María. Su conmoción principia de nuevo, cuando después de haber declarado que la creencia en la inmaculada Concepción ha sido en todos tiempos la creencia de la Iglesia católica y que por consiguiente debe ser profesada por todos sus hijos; después de establecer las penas que incurrirían aquellos que fuesen tan temerarios que la contradijesen, vuelve á hablar de las gracias que él mismo reconoce haber recibido de la santísima Madre de Dios, de las esperanzas que funda en su protección para alivio de los males de la sociedad y de la Iglesia, y de la felicidad que experimenta en realzar la gloria de aquella á quien él ha amado siempre y de quien dimanar todos los bienes y todos los dones que descienden de lo alto.

Mas ¿de qué sirve prolongar un análisis fundado en recuerdos que podrían ser infieles, y que además va á ser inútil, pues que no tardaremos en recibir el texto del decreto? Pero ¿quién podría dejar de admirar la manera fuerte y suave al mismo tiempo con que el Vicario de Jesucristo ha proclamado el oráculo infalible que asegura en la frente de nuestra Reina y Señora el glorioso diadema de una concepción inmaculada? ¡Oh! ¡cuán hermoso se ostentaba Pio IX. derramando lágrimas de ternura cuando coronaba á su muy amada

la coronaban renitiendo sin duda en su corazón el

Madre! ¡Oh lágrimas preciosas que los ángeles han recogido y brillarán como diamantes en la corona que la Reina de los ángeles tiene reservada al Pontífice que le ha dado gloria tan magnífica! ¡Cuán bellos aparecían aquellos cardenales, aquellos arzobispos, aquellos obispos escuchando con amor el decreto que proclama la grandeza de María, recogiendo con respeto las palabras que caían de los sagrados labios del Pontífice supremo, palabras que ellos van á repetir por todo el universo, entre los infieles de la Union, entre los salvajes de la América y de las lejanas islas, entre todos los pueblos, todos los imperios, todos los ángulos del mundo habitado! ¡Oh senado augusto de la iglesia católica! ¡Cuán dichoso eras de asistir á una fiesta tan grandiosa! ¡Cuán superabundantemente recompensadas quedaron las fatigas de vuestros largos viajes, de vuestros largos trabajos con el lustre añadido en este día al diadema de la Reina de la Iglesia! ¡Dichosos serán vuestros fieles pueblos cuando recojan de vuestros labios las palabras que vosotros habeis recogido de los labios infalibles del Pastor supremo, y cuando les digais: Nosotros estábamos allí, nosotros lo hemos visto, nosotros lo hemos oído! ¡Esta corona que brilla en la frente de nuestra Madre, nosotros hemos ayudado á colocarla! ¡Cuán bello aparecía todo

sentimientos de un corazón tiernamente afectado

aquel clero de todas las clases inferiores de la jerarquía, uniéndose á sus obispos para saludar al decreto y aprestándose á ir á proclamarlo hasta en los lugares mas remotos, en las misiones mas lejanas, tanto en las cátedras de las grandes ciudades como en las de las mas humildes aldeas! Y vosotros, fieles de toda clase, de todo sexo, de toda condicion, que llenábais la inmensa iglesia del Príncipe de los apóstoles, ¿habeis visto jamás una expresion mas alta de la unidad católica? ¡Oh! ¡Cuán bella, cuán agradable era al Señor esta asamblea innumerable donde no latia sino un corazón por el amor de María, donde no se abria sino una boca, por de pronto para implorar las luces del Espíritu Santo, en union con el Santo Padre, los obispos y el clero; y en seguida, para dar gracias á Dios y saludar á María coronada con la diadema de la Inmaculada Concepcion! Y á la verdad, ahí se ve uno de los caracteres mas tiernos y mas católicos de esta admirable fiesta. Apenas sale de los labios del Vicario de Jesucristo la invocacion del Espíritu de luz y de amor, cuando ya se halla en todos los labios, y se diria que una sola voz, una voz compuesta de cincuenta mil voces, se eleva hácia el cielo. Del mismo modo, entonado apenas el *Te Deum* por el pontifice supremo, difúndese por toda la basílica, y preséntase como un

le sostienen renitiendo sin duda en su corazón el

himno infinito de accion de gracias y de reconocimiento, como una aclamacion universal al glorioso privilegio de María. Súplica ardiente, unánime que las salvas de artillería y los vuelos de las campanas de la ciudad llevaron al cielo y depositaron al pié del trono de la Virgen inmaculada.

Pero ¿no habrá un signo material que simbolice esta brillante corona que la palabra del Vicario de Jesucristo acaba de colocar en la cabeza bendita de nuestra Reina y Señora? ¿un signo que trasmita su memoria á las generaciones venideras? Pio IX ha pensado ya en ello. Una corona del mas puro oro, adornada con las piedras mas preciosas, coronará la cabeza de la Inmaculada Virgen, á quien el arte del mosaico ha representado *in æternum* de ante mano sobre el altar mayor de la capilla de los canónigos. Después del *Te Deum* es bendecida por el Papa esta brillante diadema en el altar mismo de la Confesion, y el Soberano Pontífice, precedido de su magnífico é imponente acompañamiento, va en procesion á presentar á nuestra Señora este don ofrecido por la piedad del insigne cabildo de san Pedro, y con sus manos consagradas lo coloca en la frente de la augusta Soberana del cielo y de la tierra, de la gloriosa Reina de la Iglesia, en presencia, no solo de toda la corte de la Iglesia militante, sino tambien de

toda la corte de la Iglesia triunfante; porque no se puede dudar que los ángeles asistiesen á una fiesta en que, aquella que fué saludada por ellos diez y ocho siglos y medio há con estas palabras: *Ave Maria gratia plena*, lo es hoy tambien por estas otras: *Ave Maria, sine labe originali concepta*; doble salutacion, que en realidad no es mas que una sola, pues que la segunda no es sino el desenlace y complemento de la primera. Reinad pues para siempre, ¡oh gloriosa Princesa! ¡oh Madre muy amada! doblemente coronada en el cielo por vuestro Hijo, que es Dios, en la tierra por el Vicario de vuestro Hijo, que es el papa Pio IX, por la Iglesia universal y por todo el pueblo cristiano.

Podríamos desde ahora dejar la basílica de San Pedro, en donde la ceremonia que se acaba de efectuar ha sido, por decirlo así, transmitida á la posteridad en un signo visible que no perecerá jamás; pero antes es preciso referir dos ó tres incidentes que afectaron extraordinariamente á las pocas personas que los presenciaron: ¿veis esa silla de mano que á las ocho y media de la mañana se avanza hácia la confesion llevada por los sirvientes mismos del santo padre, vestidos de un traje encarnado y resplandeciente? Ellos marchan con precaucion y respeto, y esto es porque llevan

le sostienen, renitiendo sin duda en su corazon el á la fiesta á un santo y sabio obispo, llamado por el santo padre, sorprendido en el camino por la enfermedad, y que se ha empeñado en arrostrar las fatigas de un largo camino y los peligros de una mar agitada, y que, con tal de ir á Roma para colocar su piedra en la diadema de la Reina de los cielos, y oír proclamar el dogma deseado con sus mas ardientes deseos, por sus mas fervientes súplicas, por sus votos de doctor y de obispo; no teme ya ni á las tempestades, ni aun siquiera á los amagos mismos de la muerte. Oye salir de la boca infalible de Pedro, hablando por Pio IX, este oráculo deseado, y con esto se retira contento y gozoso: ya puede morir, pues que ha visto sobre la tierra el triunfo de su amadísima Madre; tambien él ha ganado su batalla, pues que ha necesitado un valor no menos heróico que el de aquel general á quien no ha mucho saludara con sus elogios y sentimientos el universo entero. Al salir de la iglesia le halla y le significa su alegría de verle uno de sus parroquianos: "y yo tambien, responde el docto y piadoso prelado, yo tambien me siento contento, porque he visto lo que tanto deseaba, y he venido á morir aquí."—¡Oh! no, ilustrisimo señor, le respondieron, porque la santísima Virgen os sanará! . . . —"Si María concebida sin pecado quiere curarme, yo volveré á mi dióce-